



Varité

El sexo y el amor en la era del ojo absoluto

"El sexo y el amor en el siglo XXI, de qué satisfacción se trata", es el título de las VII Jornadas de la NEL, que tendrán lugar los días 26, 27 y 28 de este mes en Medellín. La Escuela en su conjunto ha venido trabajando durante todo el año en relación a estos temas, escribiendo y debatiendo a través de los boletines electrónicos, en seminarios, carteles y otras actividades, para reencontrarnos todos ahora, en persona, discutir los casos clínicos y participar de las mesas plenarias.

Dentro de la NEL-México propusimos además, para la ciudad, un ciclo de conferencias que animó una próspera conversación abordando la temática desde distintas aristas a partir de las ponencias de los expositores.

En esta *Varité* les hacemos llegar los textos que presentaran Fernando Eseverri, "*Intimidades impersonales*"; Viviana Berger, cuyo título es "*¡Quién te ha visto y quién TV, reflexiones acerca de la intimidad del sujeto en la era del ojo absoluto*"; y el trabajo de Elaine Cossio, "*Sobre el amor entre el deseo y el goce. Y Turandot*". Para los que no pudieron estar presentes y para los que sí estuvieron, una forma, por este medio, de continuar intercambiando ideas y elaboraciones.



Por otra parte, hemos tenido la oportunidad de platicar con Silvia Salman *, colega de la Escuela de la Orientación Lacaniana (Argentina) y AE en funciones, quien también estará presente en Medellín y dictará un seminario, "*El cuerpo en la experiencia analítica*", el día 24. El diálogo ha sido sumamente interesante, en particular por la enunciación de las respuestas - ideas muy claramente expresadas desde un sujeto que habla desde la experiencia del atravesamiento de un análisis hasta su final.

Los invitamos entonces, a sumarse a estas jornadas que prometen un intercambio muy fructífero. Un acontecimiento como el que se aproxima resulta una oportunidad especial para asentar nuestra determinación de hacer vivir el psicoanálisis, continuar con nuestra formación y compartir nuestro trabajo en el seno de un intercambio con los otros.

Viviana Berger

* Psicoanalista, AE en ejercicio, miembro de la EOL (Escuela de la Orientación Lacaniana, Buenos Aires) y de la AMP (Asociación mundial de psicoanálisis).

Sobre el amor entre el goce y el deseo. Y Turandot.

Conferencia dictada en la NEL-México DF, el 22 de mayo de 2012.

Elaine Cossío

I.- Amor, deseo, goce

El fracaso de la armonía entre los sexos es consustancial a nuestra propia condición de seres hablantes, según la enseñanza de Lacan. ¿De dónde pudiera provenir, entonces, el ideal de conjunción, de relación de verdadera complementariedad con un partenaire predestinado y, en suma, la ilusión del encuentro, si no es por la vía del amor?

Sabemos que el amor ha sido uno de los temas más caros al ser humano. Ahí asistimos al hecho trascendental de que la cultura consiste, en buena medida, en un cúmulo de historias que involucran pasiones, acicates, violencias, uniones, sufrimientos, heroicidades y abatimientos, en nombre del amor.

Lacan habló de amor, también. Y se refirió al tema desde distintos ángulos, como no podría ser de otra manera, por el autor, y por lo difícil de tratar un tema tan escurridizo y que trasvasa tantos aspectos de la experiencia humana. Y porque el psicoanálisis es una apuesta que inicia con el amor (¿tan sorpresiva fue, realmente, la transferencia para Freud cuando se aventuró a tratar con el inconsciente?) y tiene, al final del recorrido de un análisis, algo nuevo que tramitar en cuanto al amor.



"Dar lo que no se tiene" (decía Lacan con respecto al amor) tiene que ver con el concepto de falta, en la enseñanza de Lacan, pues amar es mostrarse en falta, revelar que algo quiere alcanzarse en el otro. Es por esto que el amor involucra a la castración, y amar es un poco experimentar esa falta, esa castración.

Es el amante (erastés) el que activamente ubica en aquél amado (eromenós) el objeto que puede obturar la falta propia. El interjuego de la verdadera metáfora del amor, sería que se logre la inversión a nivel del objeto de amor: que el eromenós devenga a su vez amante, que se convierta en sujeto en falta. Un exquisito análisis de El banquete, de Platón, desarrolla Lacan en su Seminario VIII, La Transferencia, haciéndonos entender no solamente la temática central del amor revelado en la transferencia en el dispositivo analítico, la metáfora amorosa, la elección del objeto de amor en el sujeto, etc, sino, y muy especialmente, nos enseña respecto del lugar que ocupa el analista en la cura, a quien el paciente, por estructura, desliza su demanda de amor y le instituye como objeto de amor (eromenós).

La transferencia es un asunto de amor, visualizó Freud desde el principio.

Amor es lo que engaña, decía Lacan, porque es donde se cree en la ilusión que dos pueden hacer uno.

Pero también es fundante el amor en psicoanálisis porque en el amor se trata siempre de suponerle saber al Otro con respecto a algo que concierne íntimamente a cada uno de nosotros. Miller lo describe como: amo a aquél a quien le supongo un saber sobre mí que desconozco.

J. A. Miller elabora el concepto de **amor** como el lazo que anuda el saber y el inconsciente, pues amando al saber inconsciente es como único podría inaugurarse una experiencia de análisis: suponiéndole al inconsciente (/A) un saber a descifrar. De esto se trata el amor al saber del inconsciente : que, para que el inconsciente exista como saber, hace falta el amor.

Pero también me interesa desarrollar una frase más lapidaria de Lacan con relación al tema del amor: "*Sólo el amor permite al goce condescender al deseo*", que avanza en su Seminario X (La Angustia, Pg.194) y que involucra a estos tres conceptos en interrelación, al hacer del amor un mediador entre el goce -autoerótico, del Uno- con el deseo -que tiene que ver con el campo del Otro, y con lo incesante de la búsqueda del objeto en los predios del Otro-.

Tendríamos que introducir también en esta interrelación goce/amor/deseo, que *las condiciones de elección del objeto de nuestro amor, las causas de nuestro deseo y las fijaciones de goce* están cristalizadas e interrelacionadas entre sí para cada uno de nosotros de una manera particular. Por lo que, cuando se habla de amor, necesariamente puede tenderse también el arco de la línea del deseo en ese sujeto, y pueden atisbarse ciertas fijaciones libidinales, de goce, al escoger a este y no a otro partenaire. Es el amor condicionado por el modo de gozar de cada quien. O también podríamos decir, en el amor está escondido, velado, el *objeto a*.

La manera en que puedo aprehender el sentido de esta frase lacaniana de que "*sólo el amor permite al goce condescender al deseo*", tiene que ver precisamente con la articulación posible entre el **goce** (la satisfacción que se procura sólo del Uno -autista, se ha dado en llamar también- sin la intervención del A, pues el goce es siempre goce del cuerpo propio) y el Otro, en la primigenia constitución del sujeto como tal. El sujeto surge (*Esquema del cociente del sujeto, Seminario X*) de esa necesaria operación del significante (del Otro) sobre la Cosa, el goce mítico. Y, de esta operación, que no es nunca completa, que siempre deja un resto no simbolizable, una hiancia de no reabsorción del goce por entero en el Otro, queda el *objeto a*znica posibilidad de acceder a encontrar en el Otro ése objeto para la satisfacción pulsional.

Es decir, el circuito consiste en cómo se involucrará en la cultura (Otro), a partir de entonces, el goce de las pulsiones a través del **objeto a** (aquí se tomarán como semblantes del **objeto a**, todos los objetos de las pulsiones parciales: pecho, heces, etc). Y he aquí que entonces, el sujeto va a buscar en el Otro el objeto de satisfacción de su pulsión.

Recordemos que el **objeto a** sería el sustituto de aquél objeto perdido para siempre (Freud), sería el molde hueco que soportará los objetos de la pulsión.

Miller añade que "es en el campo del Otro donde la pulsión encuentra los semblantes necesarios para su autoerotismo..." (*El síntoma charlatán, Pg 49*)

Por tanto, el **amor** sería un lazo que permitiría ir del Uno al Otro, esto es, del goce del Uno, a la búsqueda de un objeto de deseo (campo del Otro) que civiliza en su insaciabilidad. Porque el sujeto trata, por la vía del amor, de inscribir su goce propio en una relación con el Otro. Así, el

lazo del **amor** (esa fuerza que une, que busca siempre a otro) es el *intermediario casamentero* que hará condescender al goce en el campo del deseo.

Las dificultades del encuentro entre los sexos, es una cuestión estructural (Lacan lo decía: no hay relación sexual) pues no hay nada escrito o predestinado que adjudique al sujeto su objeto de satisfacción, o la complementariedad. Y si no hay nada escrito, hay todo por tratar de escribir allí: el amor puede ser el engaño que vele esta falta, puede ser, pues, un semblante más, allí, ante lo real.

II.- Turandot

La bella ópera Turandot, de Puccini, nos exalta con el deleite que toda obra artística logra en el espectador, y también pudiera acompañarnos para seguir trabajando estos conceptos de amor y goce.

¿Acaso no se trata siempre de que el enaltecimiento del amor, el obstáculo que enfrenta la procuración del amado, la vicisitud del deseo y el enredo terco que nos depara la fijación, es lo que más nos conmueve?

Una historia de imposibilidad reúne a los tres personajes, dos mujeres (Turandot, la gélida princesa china; y Liú, la dulce y enamorada esclava) y un hombre, Calaf, el príncipe extranjero.

En virtud del amor por la princesa Turandot, el príncipe está dispuesto a someterse al desafío insensato que ha prescrito ella para obtenerla en casamiento: deberá resolver tres enigmas, si no lo consigue, morirá decapitado. (Canta Turandot: *Hay tres enigmas y una sola muerte*). Él está decidido a jugarse la vida. Sometido pues, y sin titubeos, ha escogido a esta frívola pero bella amada, y ha escogido con ella tal situación en la que apuesta nada menos que su vida, viéndose aquí también que las condiciones de amor, y la fijeza del goce, se empalman con lo absoluto, en la terquedad de que de ha de ser ésta mujer y no otra (Los ministros de palacio - ¡tres también en la ópera!- cantan intentando persuadirle: hay cientos de mujeres, todas tienen dos brazos, dos piernas, que se aleje de ésta y su absurdo desafío).

Pero las buenas respuestas a los enigmas (*la esperanza, la sangre, Turandot*) del príncipe Calaf atraen más tragedia aún en la historia. La tristeza invade a Turandot por tener que ser desposada, aún cuando se había resguardado bien de rehuir todo encuentro con lo que más teme anteponiendo tal complicado tinglado de enigmas casi indescifrables (¿no resuena también aquí algo del entramado simbólico que el sujeto hablante coloca allí ante el horror de la castración?). Y el príncipe, todavía en la línea del amor desmesurado por ella, le hace una proposición con la que vuelve a colocarse a sí mismo en una situación que, nuevamente, le coloca en peligro de muerte: si ella consigue conocer el nombre de él antes del alba, entonces no la desposará, y morirá decapitado.

Habría que subrayar aquí el lugar central de *la muerte* en esta historia. La muerte entrelazada a la pulsión - el goce- que procura su satisfacción a toda costa. La elección que cada personaje hace en la historia, conlleva un extremo que le puede conducir a la muerte, no obstante el hecho de que siempre se ha elegido en nombre del amor. Lo real descarnado de este goce resurge también en la muerte sacrificial de la esclava Liú, enamorada de Calaf, que decide morir antes que revelar el nombre de su amado príncipe, de aquél que sólo una vez le ha sonreído. La posición femenina, ese lado en relación al falo, según las fórmulas de la sexuación (Lacan) y que entraña lo ilimitado del goce, es este "sin límites" de Liú, que busca darlo todo (la

vida incluso) a cambio de nada, y que hace fulgurar la demanda de amor, así como se presenta, más allá de toda medida.

Lo último que escribió Puccini en su ópera antes de perder su propia vida, fue precisamente esta muerte-suicidio de Liú, considerándosele el final. Posteriormente se le agregó a la ópera un final (¿será triunfante?) del amor como resolución a la historia. Que al alba, habrá vencido.

III.- Nessun dorma

El amor, es una suplencia, uno de los nombres (¿no se trataba también de la revelación de un nombre al final de la ópera?) del gesto que mueve del adormilamiento del goce Uno a los caminos insaciables del deseo del Otro.

J.Lacan Seminarios VIII y X.

J.A.Miller Tercera conferencia: El amor sintomático, en El síntoma charlatán.

J.A.Miller Una fantasía.

¡Quién te ha visto y quién tv!

Algunas reflexiones sobre la intimidad del sujeto en la civilización del Ojo Absoluto

Viviana Berger

Conferencia dictada en la NEL-Mx, 28.08.2012.

En el sentido común, esta frase, *¡Quién te ha visto y quién tv!*, se aplica para hacer alusión al asombro que causan los cambios que ha habido en una persona; cambios de opinión, de condición social, de salud, etc. – para bien o para mal - comparando esa persona de antaño con la actual. - *¡Quién te ha visto y quién te ve!* puede decirse en estos casos para expresar la sorpresa por esas diferencias.



Jugando con el sinsentido, me gustó modificar la expresión y malentenderla, en el afán de transmitir la idea que pretendo trabajar, de una "sociedad TV" – tal como la denomina Gérard Wajcman en su libro *El ojo absoluto*. "Sociedad TV" esto es, Todos Vistos, Todo Visible, Ver Todo. *El ojo absoluto* es el nombre que Wajcman ha encontrado para nombrar tal mutación en la civilización del siglo XXI. - Me interesa, entonces, reflexionar sobre las consecuencias que implica para el sujeto esto de vivir bajo el imperio de ser Todo Visto, con la pasión de Verlo Todo y la fantasía de que Todo sea Visible. *¿Cómo y de qué manera el sujeto se ve afectado cuando el territorio de lo íntimo está amenazado?*

Tenemos algunas respuestas en los síntomas de la época que nos confirman que el sujeto resiste: la bulimia, la anorexia, las adicciones, las depresiones, el ADD en los niños, las compulsiones, los trastornos del lenguaje, etc. Los síntomas nos dicen que no es posible que el hombre sea íntegramente soluble en lo visible - nos consta que siempre queda un resto imposible de capturar, reducto del sujeto.

No obstante, que la existencia esté sujeta a la visibilidad introduce una modificación radical en el ser del sujeto, en su relación con el mundo, con su cuerpo, en los lazos libidinales, ante lo cual el psicoanálisis debe ofrecer una respuesta - especialmente como contraposición a los efectos mortíferos de cosificación del sujeto que genera esta civilización de la mirada. Puesto que para el psicoanálisis, no es la imagen ni la visibilidad lo que da la existencia, sino la palabra. "Es un hecho puesto que lo enuncio" ... "para el discurso no hay nada de hecho, no hay ningún hecho más que por el hecho de decirlo". El asunto es "Está dicho o no está dicho" (J. Lacan, Seminario 18 *De un discurso que no fuera del semblante*, pág. 12). El psicoanálisis aporta, entonces, la estructura de un discurso que privilegia la palabra y que es capaz de escuchar lo que *habla* en el síntoma – pero que también sabe, a su vez, que *eso no dice todo*. Así es que, en

tiempos que pretenden hacer de los humanos imágenes vivientes, con mayor razón, vale la pena ponernos a hablar.

Gérard Wajcman comienza su libro de este modo (pág. 13): "Una mutación sin precedentes está teniendo lugar en la historia de los hombres.

Ella cambia nuestra relación con el mundo, con nuestro cuerpo, hasta con nuestro ser. Esa mutación no se realiza en secreto, sino ante nuestra vista. Sin embargo, no la distinguimos con precisión y en toda su amplitud. No es una evolución, ni una revolución, ni un accidente; tampoco es una oscura amenaza, un complot; no la ha deliberado ninguna conciencia, no la efectúa ninguna potencia oscura. No hay Estado que denunciar ni S.P.E.C.T.R.E. que combatir por parte de algún James Bond salvador de la humanidad. Ella se produce. Hemos entrado en otro mundo. El siglo XXI acaba de ponerse en marcha y ya se revela que ha nacido una nueva modernidad, una nueva civilización".

Tomamos conciencia de esta mutación. Una mutación que abarca la relación del sujeto con el mundo y con su cuerpo - por tanto con su goce, la sexualidad, los lazos libidinales; y que leemos desde la clínica en los síntomas actuales, en la modalidad de presentación de los sujetos, su discurso. Pero no necesariamente debemos recurrir a la clínica para dar cuenta de esto. Basta observar a nuestro alrededor.

Recordaba, al respecto, por ejemplo, el comentario de un profesor universitario de teatro – de larga experiencia – que relataba sobre su trabajo hoy día y cómo debió modificarlo en función del alumnado actual. Decía que estaba muy sorprendido porque encontraba en sus alumnos una llamativa incapacidad para poder sostener la mirada hacia la amplitud del auditorio – fundamental para un actor sobre un escenario, poder sostener la mirada de *todos* los que están allí presentes viéndolo, y a su vez, poderse dirigir a la *totalidad* del público. Este profesor encontraba que el campo visual de sus alumnos estaba totalmente reducido, se había atrofiado. Él reflexionaba, que nacidos en la era de la pantalla, los jóvenes se forman y crecen con su visión limitada a una pantalla, pequeña, que además se encuentra en general, a pocos centímetros de distancia de su cuerpo - generalmente entre sus manos: el celular, el ipod, la ipad, etc., y entonces, a la hora de manejar los 360 grados, y la amplitud de un campo, son convocados a una dimensión desconocida; que lo obligaba como maestro, a hacerlos ejercitar muy duro para que la pudieran conquistar.

Pero el asunto no es tan simple como ello. Este déficit en la capacidad del sujeto para ver a su alrededor, para sostener su mirada y soportar ser objeto de la mirada del Otro no es sólo una falta de entrenamiento, una atrofia de una función que no se ha ejercitado y que entonces, se trata de entrenar la parte correspondiente del cerebro, estimulando las funciones correspondientes. En este sentido, la explicación del maestro resulta también totalmente determinada por el discurso positivista de la ciencia.

De acuerdo con lo que estamos planteando, considero que – en todo caso - debemos leerlo, más bien, como un efecto en el sujeto de la omnipresencia de la mirada en el mundo actual, una consecuencia en el cuerpo y en el ser del sujeto - producto de una cultura que es la máquina de ver.

El *ver* se ha transformado en *maquinaria*. Se ha maquinizado.

El deseo de ver es universal a todo ser humano. Pero en el seno de una cultura que pretende que todo puede ser visto, en la que a su vez, somos mirados todo el tiempo, dicho deseo sufre una deformación y se transforma en una *compulsión*, en una *voluntad* de verlo todo, que se impone como ley. Verlo todo, todo debe estar visible, para que a su vez, todo sea visto, y así existir, es La Ley.

Paradójicamente, decíamos, entonces, que en este contexto lo que se produce es un estrechamiento del campo de la mirada del sujeto. Reverbera *el Ojo* pero *se ve* cada vez menos. Lo que tenemos es un empobrecimiento, en general, de la mirada.

En este sentido me gustó también el título que escogí para esta conferencia: *¡Quién te ha visto y quién ve!* En la formulación insiste la pregunta por *¿Quién?* ... *Quién es visto y quién ve...* ¿Dónde está el sujeto? Porque finalmente, lo que parece, es que lo que hay es un Ojo, un ojo que ve, un ojo que vigila pero allí, nadie mira. Y el efecto de esto, es que, entonces, no hay subjetivación o, en todo caso, se produce un enrarecimiento, una depreciación, del sujeto, de la mirada. El "mirado", el visto, el vigilado, es objeto de un *Ojo* – lo que impacta en términos de una cosificación del sujeto. El rebote es una producción de Ojos, con los cuales no hay nadie que mira. (Habría que volver a leer la clase del Seminario 11 en el que Lacan trabaja la pulsión escópica y diferencia la esquizia del ojo y la mirada).

Recordemos que el sujeto adviene al mundo en una estructura que lo predetermina. Ya antes de que esté el cuerpo, existe un lugar para ese sujeto en la estructura, en el deseo de los padres, en su discurso, en la historia (que es pre-historia, quizás). Reconocemos allí las marcas significantes que determinan al sujeto y que lo hacen un ser de palabra, un ser de lenguaje. La pregunta es entonces, ¿qué pasa, cómo es, cuando ya "Lo primero no es el Verbo", cuando entonces no comanda el significante, sino la mirada?

Dice Wajcman (pág. 35) "Hoy el ser humano nace al Ojo universal. Antes de ver, incluso antes de nacer, el hombre es, primero, un ser mirado... está teniendo lugar otra mutación. No la de que los hombres vendrían al mundo con un tercer ojo en medio de la frente, sino la de que nacen con un ojo encima de ellos que los mira fijo. El hombrecito, ya antes de ser presa de la videovigilancia, al llegar al mundo e incluso, antes de llegar al mundo se encuentra bajo la mirada. Esto cambia al mundo tanto como al niño. ¿Cómo concebir que pasearnos con un ojo encima no habría de cambiar hasta nuestro ser?"

De un *ser de palabra* a un *ser mirado*. Wajcman sitúa en este punto el pasaje de una sociedad a otra. De la sociedad de Freud en la cual todo estaba oculto, en la que se escondía "la verdad", una sociedad de "mentiras y secretos", a otra donde se muestra todo y se trata de verlo todo, en la que todo el mundo es voyerista y todos los voyeristas son observados; un mundo en el que nada más está oculto. Otrora, entonces, la represión y el retorno de lo reprimido, en los síntomas neuróticos. Hoy día, tiempos de plena luz. La exigencia es de transparencia.

El Ojo Absoluto llama, entonces, a los sujetos a avanzar sin velos, sin vergüenza y sin pudor, por un mundo atosigado de claridad hasta la transparencia, en un afán de capturar, de licuar, en la imagen aquello que no se puede ver, lo que está oculto y que en tanto tal, debe quedar en la sombra y debe ser respetado como un pleno derecho del sujeto, pues es lo que le da su posibilidad de existencia.

Internet, por ejemplo, ofrece una vía a través de la cual se confiesan los goces, y los fantasmas privados adquieren inusitada consistencia. La virtualidad, la posibilidad de crear perfiles

ficticios, excluyendo el rostro en el cual uno se reconoce, facilita su realización, sin mediación, sin pruritos, sin muros. - Es quizás, luego, desde el "perfil propio", en el consultorio del analista, a partir del relato al Otro respecto de estas prácticas, cuando muchas veces se inscribe el pudor y se erigen las fronteras de lo íntimo que amortiguan la compulsión y rescatan al sujeto.

Cabe recordar que esa frontera que erige el pudor, entre el sujeto y el mundo es fundante del espacio subjetivo, primario en su constitución (la vergüenza, el asco y la moralidad son secundarios). A través del velo del pudor el sujeto cubre aquello que no se quiere ver, aquello imposible y más íntimo, que le dará la sombra que le permitirá existir. Pero a su vez, esa parte cerrada a la mirada del otro que le permite su existencia, aun en soledad y sustraído de la mirada omnividente, también resulta opaca para su propia mirada. Se descubre que hay en él algo más interior que su propia intimidad. Lo que constituye al sujeto en su propia división.

Cito pág. 43: "De este modo se manifiesta que el sujeto no está soldado a sí mismo, que está dividido de sí mismo. Y si bien no es un objeto captable bajo la mirada del Otro, no es posible reducir lo íntimo a un lugar en el que, escondido, liberado del Otro, el sujeto se liberaría de él mismo y de toda mirada".

¿Dónde queda, entonces, el sujeto cuando es privado del pudor? En vez de aparecer representado por el significante, en su división, dividido por el orden significante, entre dos significantes, S1 y S2, nos encontramos con un sujeto identificado en su goce que se devela ante la mirada. Cuando el significante representa a un sujeto para otro significante, el sujeto no está, hay un vacío. "Allí donde es representado, el sujeto está ausente. Por eso, aun estando representado, se encuentra de todos modos dividido" (J. Lacan, Seminario 18, pág. 10). Cuando lo que queda a la vista es el goce del sujeto y éste no aparece sino como idéntico a sus supuestas inclinaciones sexuales – incluso, hasta llegar a asumir el nombre de esas inclinaciones ("Soy del grupo de los transexuales, o de "los fetichistas", etc.), es porque se le ha arrancado su opacidad, esa parte oscura inaprehensible e imprescindible para su existencia; y allí donde debiéramos encontrar un vacío, aparece el Ojo, el sujeto soldado al objeto de goce que ofrece a la mirada.

¿Cómo responde aquí el psicoanálisis? En principio, el psicoanálisis asume que "no hay ninguna esperanza de alcanzar lo real por medio de la representación", (J. Lacan, La tercera). No hay relación sexual, y en este punto "el pudor lo que hace es velar el punto del horror ante la inexistencia de la relación sexual" (J. Lacan, Seminario 21), instaurándose una división de lo visible, un límite entre el sujeto y el mundo visible. Lo interesante de esta cuestión es que, justamente eso que es **lo más íntimo y que le da existencia al sujeto y que está bajo la sombra, por el mismo efecto de división del sujeto, se encuentra a su vez, fuera de él.**

Cuando se suprime el muro, la ventana, entre el sujeto y el mundo, el sujeto queda sin lugar, sin domicilio, sin interior. El psicoanálisis defiende esas fronteras donde habita el sujeto.

Una breve viñeta clínica al respecto que creo ilustra muy bien la función del aparato significante y del análisis. Una sujeto atraviesa su pudor y avanza en su primer encuentro sexual, en el seno de una relación que la divide particularmente, muy deseante y a la vez, muy posicionada como objeto a causa de deseo de su partenaire. Durante el mismo, su pareja manifiesta preocupación por ser descubiertos por los familiares de ésta. Verifica varias veces que la puerta esté cerrada, que no se vea a través de las cortinas, que nadie fuera a entrar a la

casa. Ella también siente esos nervios y no puede abrir sus ojos. Se concreta el encuentro sexual un tanto atolondradamente pero con gran intensidad.

Esa noche la paciente sueña que viaja en el metro, sentada al lado de su amiga. Sobre la palma de su mano está el globo de su ojo, que desde allí la mira; en donde debiera estar su ojo, queda el hueco. Despierta impactada.

El inconsciente, a través del sueño, pretende volver a velar en una trama significativa el punto del horror ante la confrontación con lo sexual. Evidentemente, no alcanza a hacerlo por completo (sabemos que lo real no puede agotarse en lo simbólico); lo siniestro despierta a la sujeto. Pero logra bastante, en la medida en que el despertar es sin angustia. La sujeto dice "impactada" pero no refiere angustia; más bien, lo que parece inscribirse en ese despertar "impactante", en esa especie de perplejidad, en la falla de la labor simbólica del sueño, es la huella de su acto, la confrontación con la castración, el secreto de la no relación sexual. *"Durante todos estos días me regresaba y me regresaba una y otra vez la imagen de mi ojo en mi mano mirándome. Era muy impactante. Como que no me lo podía olvidar. Muy real. Muy nítido. Mi ojo que me miraba... Me hacía acordar todo el tiempo a la escena con M. La emoción, la situación que no puedo olvidar, y el temor de que nos podían llegar a ver. Mi desnudez total... la suya... los cuerpos. Me sentía muy expuesta y a la vez, muy emocionada".*

En la intimidad del trabajo del análisis, la palabra hace posible un discurso que introduce el punto de imposible - insoluble en lo visible y también en lo simbólico. Cito a Wajcman (pág. 223): "hay algo que jamás se podrá ver ni saber, y por lo tanto dominar: la relación sexual. Pueden ustedes radiografiar el cuerpo, autopsiar el cuerpo, volverlo todo lo transparente que quieran, pero jamás verán con sus ojos el secreto de la relación sexual; o mejor dicho, jamás verán *la única verdad que hace saltar los ojos*: que no hay nada que ver, que no hay secreto. Esto es lo que, al fin de cuentas, resiste definitivamente a la voluntad del amo de que eso funcione".

Así las cosas, en el seno del dispositivo analítico, y viabilizado por la palabra, una trama para "un vacío que hace saltar los ojos y sorprende". El psicoanálisis hace surgir y captura una verdad, insoluble en la imagen. Un punto donde se detiene también, lo que puede decirse.

Intimidades impersonales

Fernando Eseverri

Conferencia dictada en la NEL-Mx, el 28 de agosto de 2012

El ensayista y poeta Gabriel Zaid nos recuerda en *Los demasiados libros* que Sócrates desconfiaba de los libros pues los consideraba inferiores a la conversación.

Pero como prueban los diálogos socráticos escritos por Platón, no es tan fácil determinar dónde acaba la conversación y empieza la escritura. Entre los kilos y kilos de lenguaje, hay textos que sin simular la comunicación verbal, habitan esta zona intermedia

Leo Bersani [1] y Adam Phillips [2] escribieron un libro titulado *Intimacies*. Se trata de un inteligente diálogo que se desarrolla en torno la siguiente premisa: en el psicoanálisis se impuso la idea de que el autoconocimiento conduce a la intimidad, que por definición es personal, y cuyo enemigo es el narcisismo. En contravía de este ideal, los autores exploran distintas versiones de lo íntimo que desbordan el marco de la intersubjetividad.



Comienzan por la sesión analítica que, como sabe cualquiera que haya pasado por ahí, es un espacio sumamente íntimo e impersonal a la vez. De acuerdo con Adam Phillips: "El psicoanálisis se trata de lo que dos personas pueden decirse si acuerdan no tener sexo". Tal vez no se haya hecho una mejor definición de la práctica analítica.

La película *Íntimos Desconocidos* (*Confessions trop intimes*) de Patrice Leconte que Bersani analiza en el primer capítulo, ejemplifica espléndidamente el carácter artificial de la situación analítica y su capacidad para poner en marcha, casi de manera automática, un amor genuino.

Al inicio de la película vemos a una mujer (Anna) que va a su primera sesión con el psicoanalista, solo que se equivoca de puerta y entra al

despacho de un contador (William), quien escucha los problemas personales de su supuesta clienta sin que tenga oportunidad de aclarar el malentendido. El estupor de William se explica en parte por la confusión, pero también (*après-coup*) porque se enamora. Sin embargo, como buen obsesivo, se queda a medio camino, pues continúa escuchándola sin hacer ningún avance. Estos encuentros tienen un cierto efecto terapéutico en ambos (ella deja su matrimonio infeliz, él se vuelve menos rígido) aun cuando, de hecho, no se despeguen del libreto de la histeria: ella es quien pone punto final. Pero William, incapaz de aceptar su lugar residual, va en su búsqueda. En la última escena queda en suspenso si su relación podrá sobrevivir a la metáfora del amor.

Si damos vuelta a la definición de Adam Phillips, nos encontramos con otra faceta de la intimidad: dos personas pueden acordar tener sexo sin decirse nada personal.

En la película *Une Liaison Pornographique* de Frédéric Fonteyne, titulada en español *Una relación privada* (las traducciones de los títulos parecen obra de la censura inconsciente). Ella y él, pues nunca revelan sus nombres, se encuentran a través de un anuncio en el periódico con el propósito de tener "sexo y nada más que sexo". En estas sesiones que se repiten cada semana, los amantes hablan, pero nunca de cosas que comúnmente se consideran "personales": edad, profesión, historia familiar, etc. Pero esto en ningún momento es un obstáculo para que se enamoren, ella incluso declara intempestivamente su amor.

La historia contiene una moraleja lacaniana: si amas a alguien trátalo como a un objeto. Esto viene a cuento porque, cuando él se detiene a pensar en lo que ella quisiera hacer en el futuro, lee equivocadamente los signos y la deja ir. Vale la pena citar el comentario de Lacan que cierra este pequeño paréntesis en el Seminario 8, que desaconseja hacer del otro a quien amamos, un sujeto: "En esto reside, creo yo, el fondo de este detenerse ante su libertad, que a menudo dirige vuestra conducta. Libertad de indiferencia, dicen, pero más bien de la vuestra"

Una conclusión a la que llegan Bersani y Phillips es que algo bueno puede resultar de tomarse el sexo de manera menos personal. Habría que aceptar que es más realista que la versión oblativa que adoptó el psicoanálisis posfreudiano. Después de todo, las condiciones de amor son algo bastante impersonal. Estas son, como señala Jacques-Alain Miller, rasgos ínfimos, "divinos detalles" que causan el deseo; el ejemplo más famoso es el paciente de Freud que se sentía atraído por el brillo en la nariz de una mujer.

Intimidad es una palabra que hace referencia al amor y al sexo. A Freud esta ambigüedad le parecía afortunada: "Empleemos la palabra "sexualidad" en el mismo sentido amplio en que la lengua alemana usa el vocablo "*lieben*" {amar}." [3] También Miller dedica una clase de su curso *Extimidad* a elucidar la solidaridad del goce y el amor. Por eso, lejos de cualquier afán normativo, lo que conviene al analista es sostener la pregunta que anima las próximas jornadas de la NEL: ¿de qué satisfacción se trata?

1. Profesor emérito de Literatura Francesa en la Universidad de Berkeley. Autor de *El Cuerpo freudiano: Psicoanálisis y Arte, Homos*, entre otros.
2. Psicoanalista, profesor del Departamento de Inglés en la Universidad de York, editor de las obras de Freud en Penguin Modern Classics y autor de *La Bestia en la Guardería, Monogamia*, entre otros.
3. *Sobre el psicoanálisis "silvestre"*

Experiencia de cuerpo

Viviana Berger

Entrevista a Silvia Salman *

*V: Próximamente en el marco de las VII Jornadas de la NEL, cuyo tema es “El sexo y el amor en el siglo XXI, ¿de qué satisfacción se trata?”, dictarás un seminario, en Medellín, que lleva por título “**El cuerpo en la experiencia analítica**”. A propósito de ello me gustaría preguntarte, ¿cómo es que un psicoanálisis influye o modifica un cuerpo? ... Hoy día existe una especie de culto al cuerpo, el cuerpo se ofrece como objeto a la mirada. La ciencia, por su parte, alimenta la idea que se puede construir un cuerpo en un quirófano, en un gimnasio, en un salón de belleza, la pregunta es ¿cuál es el cuerpo que se construye en un análisis?*

S.S: Contra todas las críticas que desde siempre y hasta nuestros días, se le ha hecho al psicoanálisis, aludiendo a que es una terapéutica que opera con la palabra y no se ocupa del cuerpo, pienso que un psicoanálisis es una experiencia de cuerpo y es de eso de lo que voy a hablarles en Medellín.



Que un psicoanálisis opera con la palabra, es algo sabido, pero el uso que hace de ella nos distingue de cualquier otra terapéutica, ya que en nuestra práctica la palabra no se encuentra articulada solamente a la estructura del lenguaje. Ella está especialmente enganchada al cuerpo, que siguiendo las enseñanzas de Lacan aprendimos a considerar como la sede del goce.

En una experiencia de análisis tratamos los anudamientos y desanudamientos de las palabras, el cuerpo y el goce. Y ese tratamiento incide en los modos de tener el cuerpo, es decir, en los modos de vivir la pulsión y por lo tanto en los modos de satisfacción.

Desde esta perspectiva, el cuerpo que se construye al final de un análisis desemboca en la experiencia de investir la exigencia pulsional de otro modo. De esta manera, se

construye un cuerpo que ya no precisa –aunque cuente con ellos- el apoyo de la figura en el espejo, ni el apoyo de la frase axiomática del fantasma para existir.

V: Decimos que un sujeto se dirige a un analista a partir de un malestar determinado por una manera de gozar X... Se espera de un análisis que eso se vaya metabolizando, modificando... operándose una transformación en el modo de gozar del sujeto. ¿Puede la vida sexual de un sujeto quedar por fuera de ello? La ciencia ofrece píldoras que influyen sobre el deseo sexual, hormonas, vitalidad... ¿qué poderes tiene el psicoanálisis para influir sobre la vida sexual de un sujeto?

S.S: Hay numerosas indicaciones de Lacan acerca de la incidencia del goce sobre el deseo. Por ello si un análisis permite transformar algo de la relación que el analizante tiene con su manera de gozar, es esperable que esta transformación incida también en su manera de desear. Se trata entonces de obtener nuevos anudamientos entre el deseo y el goce. Pienso que la vida sexual no queda por fuera de los regímenes de goce que condicionan el deseo.

Un psicoanálisis opera sobre las condiciones de goce, no necesariamente para abandonarlas pero sí para obtener un cierto grado de libertad respecto de las mismas. Esa disponibilidad de la libido que sólo se alcanza cuando se han podido desinvertir los circuitos fijos por donde la pulsión hacía su trayecto, puede permitir a quien atraviesa una experiencia de análisis, una salida del impasse sexual. A partir de mi propia experiencia de análisis, algo puedo decir acerca de esa salida: Que el padre fracasa en su intento de nombrar la relación sexual. Que la satisfacción que se obtiene ya no se encuentra dentro del régimen edípico porque ella no se concentra en el objeto del fantasma. Que todo ello implica un nuevo anudamiento del deseo y la pulsión que permite franquear los límites del padre que hasta allí condicionaban la repetición.

*V: Finalmente, tu testimonio como AE, lleva por título **Ánimo de Amar**... ¿Cómo crees que un psicoanálisis influye - si es que influye - en la capacidad de amar de un sujeto?*

S.S: Es una pregunta que de un modo más amplio podemos formular de la siguiente manera: ¿Un fin de análisis cambia la

versión del amor de un sujeto?

Retomando la respuesta anterior, podría decir que lo que es seguro, es que la versión del amor al padre se modifica. Esa versión del amor, es la que estructuró la histeria en mi caso, y que luego se desplegó en el programa de goce en la transferencia, en el que el analista ocupó también su lugar en el amor.

Si en el comienzo de un análisis, la condición de goce se encuentra articulada al fantasma y por ello se despliega en el marco de la repetición; al final, un nuevo uso de la condición permite, lo diría de esta manera, contar con ella de un modo más sinthomático que fantasmático.

Analizarse entonces, puede permitir pasar de un amor fantasmático, a un amor que podríamos llamar sinthomático. Se trata de una nueva manera de amar, que puede contar con el vacío que el trabajo analítico ha podido producir, y que por ello se encuentra más abierta a la contingencia de los encuentros porvenir.

Será también la posibilidad de un amor en femenino.

*Psicoanalista, AE en ejercicio, miembro de la EOL (Escuela de la Orientación Lacaniana, Buenos Aires) y de la AMP (Asociación mundial de psicoanálisis).